

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

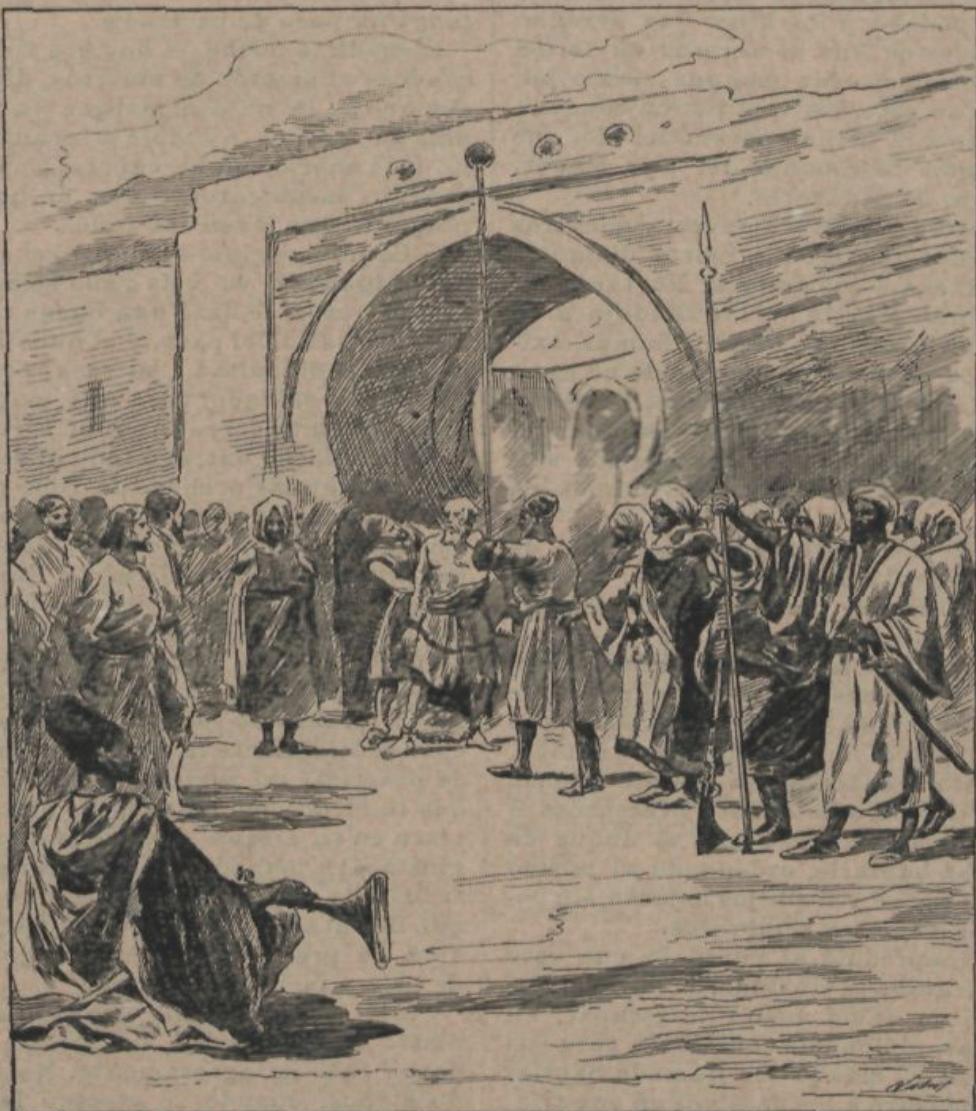
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✦ BARCELONA, noviembre de 1891 ✦ NÚMERO 7

— Con el presente número se entregará el cuaderno 7.^o de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —

AVISO IMPORTANTE

Al objeto de que se pueda encuadernar aparte la preciosa novela EL CABALLO BLANCO, hemos compaginado de manera que, cortando el número por la mitad, quede separado del cuerpo del periódico sin alterarse el orden de materias de éste, y con numeración aparte.



LOS CORSARIOS BERBERISCOS: El verdugo hubo de apelar á la fuerza.

SUMARIO

La matanza de los hugonotes (*conclusión*).—Los corsarios berberiscos.—El caballo blanco (*continuación*).—Variedades.

LA MATANZA DE LOS HUGONOTES EN LA FIESTA DE SAN BARTOLOMÉ

(*Conclusión*)

La Force, después de llamar á su familia, corrió á la calle, pues aún le quedaba tiempo para salvarse; mas, al ver que sus dos hijos tardaban en seguirle, volvió para darles prisa. Sin embargo, apenas hubo vuelto á entrar en la casa, vióse avanzar por la calle un grupo de asesinos, á la cabeza de los cuales iba un soldado, á quien llamaban Martín. Penetraron en la casa, y, arrebatabndo las armas á la Force y á sus hijos, dijeronles que era preciso morir.

Sorprendido así, la Force ofreció un rescate de dos mil coronas, que Martín aceptó, mediante la condición de que se le pagara en dos días. Después de saquear la casa, los soldados mandaron al padre y á los hijos que arreglaran los pañuelos en sus sombreros en forma de cruz, levantándose las mangas cuanto pudieran; y, hecho esto, los tres fueron conducidos en un bote á la orilla opuesta del río, que entonces, según testimonio del hijo menor, estaba cubierto de cadáveres.

Desembarcaron frente al Louvre; y mientras esperaban órdenes vieron á cierta distancia como se asesinaba á sus amigos. No tardó en volver el capitán Martín, y los condujo á su propia casa, en la calle de Petits-Champs, exigiendo allí á la Force el juramento de no escaparse, ni él ni sus hijos, hasta que se hubieran pagado las dos mil coronas. Después, dejándolos bajo la vigilancia de dos mercenarios suizos, se marchó para buscar más víctimas en las calles.

Mientras los prisioneros esperaban, uno de sus guardianes, movido á compasión, ofreció ayudarles á escapar; pero la Force rehusó, diciendo que había dado su palabra, y que prefería morir antes que faltar á ella. Entretanto, había enviado un mensajero á su tía, residente en París, y la anciana señora le envió al punto el dinero con el mismo hombre. Estaba, pues, dispuesto á entregar su rescate apenas volviera Martín; pero de pronto presentóse el conde de Cevenas, y dijole que el duque de Anjou deseaba hablarle, ordenando al mismo tiempo que el padre y los hijos bajaran sin ponerse las capillas ni los sombreros.

La Force comprendió al punto lo que esto significaba: tratábbase, sin duda, de darle muerte; mas como no había medio de escapar, siguió á Cevenas, pidiéndole compasión para sus inocentes hijos. El más joven, llamado Santiago Nompar, censuró á los asesinos en voz alta, asegurándoles que Dios castigaría el crimen que trataban de cometer; pero los soldados condujeron á sus víctimas á la extremidad de

la calle de Petits-Champs, y aquí acuchillaron al hijo mayor, que cayó gritando:—¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Soy muerto!—Un momento después, el padre cayó sin vida sobre el cuerpo del muchacho; y el más joven profirió el mismo grito de su hermano; pero, aunque cubierto de sangre, no estaba herido, y quedó junto á su padre y su hermano, inertes ya.

Los asesinos se alejaron gritando:—Ya están despachados!—Y durante algunas horas, el muchacho no se movió. Al amanecer, un mozo del juego de pelota pasó por la esquina de la calle, y al ver una pierna con media de seda que sobresalía del horrible montón de cadáveres, quiso apropiarse la prenda; inclinóse para coger el miembro, y sacó fuera el cuerpo del muchacho.

—¡Pobrecillo!—exclamó.—¡Es una lástima! ¿Qué puede haber hecho de malo este niño?

Al oír estas compasivas palabras, el muchacho levantó la cabeza, murmurando:—¡No estoy muerto! ¡Salvadme!

El hombre miró á su alrededor: los asesinos estaban todavía en la extremidad de la calle, matando y acuchillando.

—No os mováis,—murmuró en voz baja,—y tened un poco de paciencia.

Llegada la noche, el hombre volvió, y, acercándose al montón de muertos, dijo el muchacho que se levantase, porque ya no se veía á ningún asesino. Ayudóle á levantarse del suelo, y le cubrió con un capote. Cuando se marchaban, encontraronse con un hombre, quien preguntó qué joven era aquél.

—Es mi sobrino,—contestó el otro.—Se ha embriagado, y ya veis cómo se halla. Apenas llegue á casa, le daré una buena paliza.

Así se salió del paso, y el buen hombre pudo llegar sin dificultad á su casa, con la víctima que había salvado; pero allí exigió que se le dieran treinta coronas por su servicio.

El muchacho entregó todo el dinero que llevaba y algunas prendas de ropa para completar la suma; y después, disfrazado de mendigo, consiguió llegar al arsenal, donde vivía un pariente suyo, el mariscal de Biron. Allí permaneció oculto algún tiempo en las habitaciones de las damas; pero algo de esto llegó á oídos de la corte, y supose, además, que varios calvinistas habían hallado refugio en el mismo lugar. Habiendo recibido después el mariscal confidencialmente la noticia de que se trataba de practicar un registro, encolerizóse y juró que tendría buen cuidado de que nadie penetrara en su arsenal. Resuelto á proceder enérgicamente, mandó acercar tres cañones, apuntados á la puerta, para hacer fuego contra los que intentasen entrar. Sin embargo, como medida de precaución, vistió al joven la Force de paje y facilitóle la fuga.

Sully, que más tarde alcanzó fama como ministro de Enrique IV, fué otro de los que escaparon casi milagrosamente. No contaba sino doce años, cuando se efectuó la matanza, y había ido á París para educarse como paje entre la servidumbre de Juan de Navarra.

Según él mismo refiere, en la mañana del

domingo, á eso de las tres, despertóle en su lecho el repique de campanas y un confuso rumor en las calles. «Mi tutor, San Julián, y mi lacayo—dice—salieron para averiguar la causa, y ya no volví á verlos más, ni supe nada de ellos, sin duda porque cayeron con las primeras víctimas. Yo permanecí solo en mi habitación; y cuando comenzaba á vestirme, presentóse mi patrón en la puerta, pálido y tembloroso.

»El buen hombre pertenecía á la Reforma, y, habiendo sabido la verdad de lo que ocurría, consintió en asistir á la misa para salvar la vida, evitando el saqueo de su casa. Me invitó á imitarle, y, aunque no me pareció bien seguirle, resolví hacer un esfuerzo para llegar al colegio de Borgoña, donde yo hacía mis estudios, aunque el riesgo era grave, porque distaba mucho de mi alojamiento.

»No obstante, después de haberme disfrazado de escolar, puse un libro de oraciones bajo el brazo y salí á la calle. La vista de los asesinos que acudían de todas partes prodújome un terror indecible, y vi los penetrar á viva fuerza en varias casas gritando á voz en cuello:

»—¡Matad! ¡Matad!

»A mi vista se derramó mucha sangre; y como divisase un cuerpo de guardia, dirigíme hacia ellos. Detenido al punto, hiciéronme varias preguntas, y ya estaban á punto de maltratarme, cuando, por fortuna, uno de ellos fijó su atención en el libro que yo llevaba bajo el brazo: me sirvió de pasaporte, y dejaronme marchar.

»Después de esto me ví en peligro otras dos veces, y en ambas me salvó el libro; mas al llegar al colegio de Borgoña debía encontrar otro mayor.

»El portero contestó apenas llamé, pero rehusó terminantemente dejarme pasar; de modo que hube de permanecer en medio de la calle á merced de los asesinos, cuyo número aumentaba por momentos. Entonces me ocurrió llamar de nuevo y preguntar por La Faye, el director del colegio, que me profesaba el mayor cariño, y, al fin, vencí la resistencia del portero, poniéndole algunas monedas en la mano. Una vez dentro, mi amigo La Faye bajó presuroso y condújome á su habitación, donde dos crueles eclesiásticos, á quienes of hablado de las Vísperas Sicilianas, quisieron separarme del director para hacerme pedazos, diciendo que tenían orden de no perdonar á nadie, ni aun á las criaturas de pecho.

»Todo cuanto el buen La Faye pudo hacer, fué conducirme á una habitación lejana, donde me encerró, y en ella permanecí oculto durante tres días, sin saber cuál sería mi suerte. En este tiempo no ví más que un criado, que iba de vez en cuando para darme algo de comer.»

Parece que en aquellos tres días se apuraron todas las formas de la crueldad humana. La esposa de Baillet, plateo de la reina, después de presenciar el asesinato de su marido y de su hijo, saltó por la ventana, y, cayendo pesadamente sobre el pavimento de piedra del patio, se fracturó ambas piernas. Un asesino que la

vió, compadecido de ella, y después de esperar á que los soldados se fueran, la llevó á su casa, creyendo que aquéllos no volverían, y ocultóla en su sótano; pero le habían observado, y, teniendo menos valor que bondad, intimidáronle las amenazas, y entregó á la infeliz á sus inhumanos verdugos, que, cogiéndola del cabello, la arrastraron por las calles. Para robar sus brazaletes cortaron sus manos, y la dejaron cubierta de sangre á la puerta de una tienda. Ocupaba esta última un cocinero, y, molestado éste por los lamentos de la víctima, salió y atravesóla de parte á parte con un asador, dejándola donde estaba. Poco después, el cadáver fué arrojado al Sena, y los perros royeron las manos que habían quedado en la calle.

Un hugonote llamado Keny, á quien se arrojó al río después de acuchillarle, conservaba bastante vida aún, y el frío del agua le hizo volver en sí. Con la fuerza que le quedaba, logró acercarse á un bote desamarrado y se cogió á éste; pero varios soldados le vieron y comenzaron á darle caza. Uno de sus perseguidores cortó con una pequeña hacha la mano que se aferraba á la embarcación; pero entonces se agarró con la otra, hasta que, al fin, le dispararon un tiro, que puso término á sus padecimientos.

El marqués de Renel, otro calvinista, saltando del lecho al oír los rumores de la calle, bajó en camisa hasta la puerta de su casa, y desde aquí huyó á la orilla del río, perseguido de cerca por los soldados. Llevaba alguna ventaja, y tuvo tiempo para desamarrar un bote y alejarse antes de que le pudieran alcanzar. Sin duda, se hubiera escapado si Bussy d'Amboise, su propio primo, no le hubiese disparado un pistoletazo que le mató.

Magdalena Briçonnet, suegra del marqués, se disfrazó de mujer del pueblo, á fin de escapar; pero alguno le hizo traición, y los soldados se apoderaron de ella, exigiéndole que abjurase de su religión.

—¡No lo haré!—contestó la dama.

—Pues, entonces,—repuso el soldado,—os quedan dos minutos para poneros bien con Dios.

La mujer se arrodilló, y al cabo de dicho tiempo cogiéronla y la arrojaron al río.

Setecientas ó ochocientas personas corrieron á las prisiones para buscar refugio, creyendo que lo encontrarían bajo la égida de la justicia; pero los empleados las rechazaron á golpes, maltratándolas cruelmente y matando á no pocas.

Un batidor de oro llamado Crosier, que se había distinguido entre la turba de asesinos, extendió sus musculosos brazos al terminar la matanza, jactándose de que con ellos había inmolado á cuatro mil personas. Este mismo hombre vistió después el traje de ermitaño, y asesinaba á todos cuantos podía atraer á su ermita; pero, al fin, murió en presidio. Un compañero de Crosier se distinguió por su manía de comer siempre con las manos ensangrentadas, diciendo que esto era muy honroso, «porque aquella sangre era de los herejes». Otro

anunció al rey que había matado por su propia mano ciento cincuenta hugonotes en una sola noche, mientras que un tercero se vanagloriaba de haber hecho mucho más. Dijo que después de exigir su rescate á treinta herejes, los indujo á renegar de su religión, y después los inmoló con sus propias manos, «librándolos así del infierno.»

El conde de Montgomery, con unos cien caballeros hugonotes que vivían fuera de la ciu-

Durante este tiempo, el rey se condujo verdaderamente como un loco: unas veces enfurecía porque la matanza había traspasado los límites por él impuestos; experimentaba cierta inquietud, y arrepentíase de lo que había pasado, prometiendo hacer averiguaciones para castigar á los culpables; y en otras ocasiones corría de un lado á otro, mostrando regocijo, como si la sangre de los hugonotes le embriagase.



LA MATANZA DE LOS HUGONOTES: —No os mováis,—murmuró el hombre en voz baja

dad, recibieron á tiempo noticia de la matanza y trataron de escapar. El duque de Guisa comenzó á perseguirlos muy pronto, pero hubo de perder algún tiempo mientras se abría la puerta de la ciudad. Sin embargo, los fugitivos fueron alcanzados, al fin, y los destrozaron, escapando solamente diez, entre ellos el conde.

En el puente de Nuestra Señora, donde vivían muchos protestantes, la matanza fué particularmente horrible: en una casa se inmoló á toda la familia, excepto una niña pequeña, á quien un soldado desnudó y sumergió en la sangre de sus padres, amenazándola con la suerte de éstos si no adoptaba el catolicismo.

La saña fué particularmente horrible contra los que vendían libros protestantes: á uno de aquellos infelices se le asó á fuego lento en una hoguera encendida con los contenidos de su tienda, y cuando estaba á punto de morir le arrojaron al río.

En la mañana del tercer día de matanza abrió la ventana de su cuarto para aspirar el suave aire de agosto, y oyó otra vez el grito familiar de: —¡Matar! ¡Matar!— proferido por algunos guardias que hacían fuego contra varios calvinistas. Los infelices se habían abierto paso hasta palacio para pedir merced al soberano, y Carlos IX acababa de volver la cabeza para decir á su madre que el tiempo parecía regocijarse de aquella hecatombe; mas, al ver á sus débiles víctimas, la sangre del imbécil monarca se inflamó, despertando su cruel naturaleza. Pidió un arcabuz, y disparólo contra los suplicantes, que, por fortuna, estaban fuera del alcance del arma asesina.

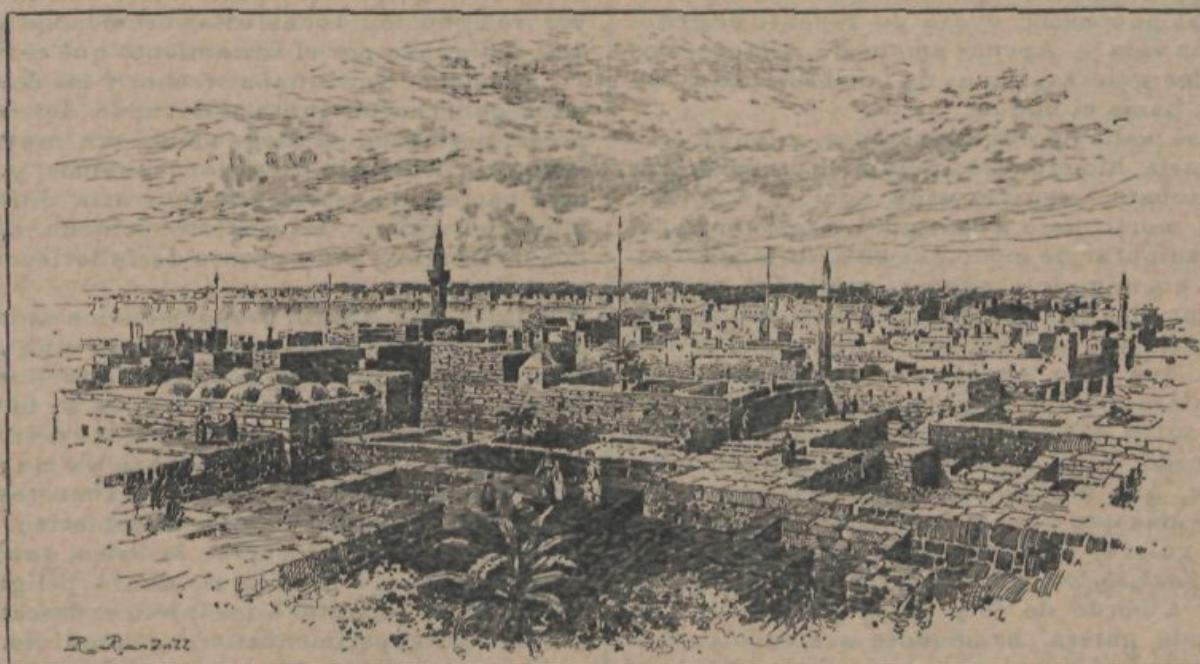
Pocos días después, Carlos IX se revolvía en su lecho, convertido para todos en objeto de horror; decía á gritos que el aire estaba lleno de tumultos y de gritos de agonía, y un copioso sudor inundaba su cuerpo. Este monarca es

la figura más despreciable que se encuentra en la historia.

«Cuando la matanza estaba en su apogeo,—escribe Mr. White,—circuló el rumor de que se había efectuado un milagro, y esto fué suficiente para avivar el celo de los parisienses. En el antiguo cementerio de los Inocentes había una capilla dedicada á la Virgen María, y frente á ésta un espino blanco que durante cuatro años no había dado hojas ni flor. De repente, en la mañana de la matanza, cubriose de follaje y de

avanzaba por un camino, seguido de ochenta soldados, algunos de ellos intrépidos en la guerra. Un hombre que pasaba á su lado gritó: —¡Ahí están!—é inmediatamente todos picaron espuela á sus caballos y emprendieron la fuga; pero al otro día, estos mismos hombres, batiéndose en campo abierto, hicieron huir á seiscientos católicos, completamente derrotados.

Estas no son más que algunas hojas de uno de los más negros capítulos de la historia.



LOS CORSARIOS BERBERISCOS.—Trípoli

preciosas flores blancas que embalsamaban el aire con su delicioso perfume. Continuó así por espacio de quince días, y todo el mundo fué á verlo, incluso el rey y su corte, que organizaron una procesión. Los enfermos se curaban solamente con mirarlo, y la multitud supersticiosa, es decir, todos los habitantes de París, creyeron que aquello era una señal de que Dios aprobaba la muerte del almirante.»

Después de esto se siente alivio al leer que una semana después «algunos cuervos, graznando al rededor del Louvre, se posaron en el terrado. El ruido que hacían hizo salir á todos los habitantes del palacio para verlos, y las mujeres supersticiosas comunicaron al rey su propia timidez.»

La impresión que la matanza produjo en los hugonotes que sobrevivian fué tan profunda como podía esperarse. Despertados en su lecho, en medio de su tranquilo sueño, para ver como se asesinaba sin piedad á sus padres, madres, hermanos é hijos, y viéndose rodeados por la traición, hasta por parte de sus parientes y de sus amigos, quedaron completamente aturdidos. Nadie trató de reunir á los calvinistas, y pocos pensaron en la fuga. Agrippa d'Aubigné nos dice que pocos días después de la matanza

LOS CORSARIOS BERBERISCOS

El *General Washington*, buque americano, al mando del capitán Alejandro Boyle, destinado al Archipiélago, se hizo á la vela en Nueva Orleans, en la desembocadura del gran río Mississippi, y, aprovechando una brisa favorable, pronto estuvo muy lejos. Cruzó el Golfo de Méjico, y después de llegar al Cabo Florida prosiguió su curso á través de las islas Bahamas y penetró en el Océano Atlántico.

Como el viento siguió siendo fresco durante varios días, el buque cruzó por el trópico de Cáncer en dirección oblicua; y, gobernando directamente hacia la isla de Madera, tocó en ella para tomar agua, continuando su viaje con toda la rapidez posible. Por espacio de varios días reinaron los mismos vientos, y así es que se pudo navegar con la celeridad de nueve nudos por hora. No pasó mucho tiempo sin que penetraran en los Estrechos, aunque no sin señales de tener algún encuentro con sus eternos enemigos, los corsarios berberiscos, y, en su consecuencia, preparáronse para hacerles frente de la mejor manera posible, aunque se confiaba, sobre todo, en la calidad del buque,

que era notable, tanto por lo velero como por su rápido andar. Cuando se acercaban á los Estrechos tenían viento contrario; pero después cambió en un punto favorable, en el que cargaron todas las velas, evitando en lo posible la costa africana, pues habían visto varias galeras por allí.

Después de una rápida travesía tocaron en Cabo Bona Silicia, situado á varias leguas á babor, y después dirigieron su curso hacia Malta. El viento disminuyó después, y avanzaban poco, excepto por la corriente. En tal estado, se maniobró para acelerar la marcha; pero al anochecer oyóse de repente el grito: —*Una vela!*— Apenas amaneció, viéronse dos grandes galeras, llenas de hombres que avanzaban hacia el buque.

No se podía perder un instante, y, en su consecuencia, hicieronse al punto los preparativos de combate, resuelto cada hombre á luchar hasta morir; pero á causa del viento no se pudo maniobrar de modo que se apuntaran contra el enemigo los cañones, y no fué posible utilizar más que dos pedazos, con los cuales, sin embargo, disparóse una andanada de metralla que hizo estragos en aquellos infieles. La galera que iba delante se precipitó entonces contra el buque, y parte de la tripulación le abordó; pero fueron rechazados tan vivamente, que muchos de ellos no escaparon del acero más que para sucumbir en el agua.

La galera, enredada ahora con el aparejo del *Washington*, tuvo oportunidad de hacer pasar á bordo de éste muchos hombres; y la segunda galera, habiéndose acercado ya mucho, atacó al buque por el otro lado, dividiendo su fuerza. La tripulación, sin embargo, opuso una tenaz resistencia, y siguióse una lucha desesperada. La mayor parte de los infieles se precipitaron también á bordo á la cabeza de su jefe, que, deslizándose hasta el timón, descargó su pistola al hombre que le servía. Por fortuna, falló el tiro, y entonces el timonero descargó un golpe á su enemigo, y sin darle tiempo para defenderse atravesóle el cuerpo de una lanzada, que tendió al infiel en la cubierta de su propia galera.

El resto de la tripulación, que se defendía desesperadamente, llegó á perder tantos de sus bravos compañeros, muertos unos y heridos otros, que, al fin, comenzó á ceder; y los piratas, furiosos por la caída de su jefe, atacaron con tal ímpetu y en tal número, que los pocos defensores que aún quedaban viéronse obligados á retirarse y á buscar refugio para librarse de la crueldad de sus miserables asesinos.

Siendo ya inútil la resistencia, pidieron cuartel, el cual se les concedió, mas no por un sentimiento de humanidad, desconocido para aquellos salvajes, sino por el deseo de saquear y utilizarse de los que sobrevivían, sometiéndolos á la esclavitud.

Poco después se mandó á todos que subieran á cubierta uno por uno, y atáronles las manos á la espalda; mas apenas estuvo hecho esto, prodigióse gran confusión entre los piratas,

ocasionada por el hecho de que la primera galera chocaba violentamente contra el buque: debíase esto al hecho de que, al abordar al *Washington*, había sufrido una grave avería, y la embarcación hacía tanta agua, que fué necesario acudir al punto á las bombas.

Asegurados los prisioneros, distribuyérone los piratas, y el piloto del *Washington* le tocó pasar á la galera averiada, donde se le reconoció inmediatamente como matador del capitán, tratándosele, por lo tanto, con la mayor barbarie. Cargaronle, por de pronto, de cadenas, y después le golpearon; pero sufrió con la mayor resignación todas estas crueidades, aunque indignado por el tratamiento que recibía.

El tiempo continuaba sereno, y las dos galeras gobernaron juntas, llevando detrás su presa; pero como el cargamento era muy pesado, fué necesario triplicar los remos; y, por otra parte, una corriente contraria dificultó mucho el trabajo; los remeros estaban rendidos de fatiga, y muy pronto desfallecieron en su trabajo.

Ante aquel apuro, despojóse á los cautivos de sus cadenas, y se sustituyó con ellos á los remeros. Durante varias horas, aquellos pobres hombres trabajaron con toda su fuerza, sintiendo á menudo en sus espaldas desnudas el látigo de algún pirata: estaban ya muy débiles por la falta de alimento, y exhaustos por las crueidades que con ellos se cometían. Por fortuna, comenzó á soplar la brisa, que hizo inútil el uso de los remos, ahora peligroso. Entonces se permitió á los infelices descansar, con lo cual experimentaron mucho alivio.

Al acercarse la noche comenzó á nublarse el cielo y soplaron fuertes ráfagas, que, alborotando el mar, impidieron el uso de los remos, manifestándose luego señales de una violenta tempestad. Como la noche era muy oscura, la galera perdió de vista á la otra, así como el *Washington* al que remolcaba: era porque las averías mal reparadas se reprodujeron de tal modo, que todos los esfuerzos para conservar la embarcación fueron ineficaces, y se hundía rápidamente.

Sin pérdida de tiempo preparóse el bote, y al punto saltaron á él todos los que podía contener, es decir, una mitad de la tripulación, y abandonóse á los prisioneros en la galera que se sumergía.

Los que estaban en ella no volvieron á ver el bote, y, á los pocos minutos, las olas abrieron una considerable brecha en la galera; pero cada cual estaba tan ocupado en su propia salvación, que no se cuidaba de los incidentes de sus compañeros. Por fortuna para el piloto, era un gran nadador, que había adquirido práctica desde la niñez; pero después de luchar largo tiempo, comenzó á creer que sus esfuerzos serían inútiles. Las olas se elevaban á grande altura; pero, de repente, algún objeto duro chocó contra sus piernas: era un remo de los que pocas horas antes le habían hecho sufrir tanto; mas ahora lo cogió con ansiedad; y, gracias á este apoyo, ya su destreza en la natación pudo resistir durante algún tiempo el emba-

te de las olas. Sin embargo, hallándose completamente á su merced, comenzaba á perder el conocimiento, cuando una fuerte sacudida le avivó: no tuvo tiempo para ver lo que era, porque las aguas le arrastraron entonces contra algunas pequeñas rocas. Estas le magullaron el cuerpo en varias partes; pero al mismo tiempo servían de barrera para contener el impetu de las olas, y pudo ganar, al fin, la orilla pedregosa.

Allí permaneció fuera del alcance del mar; pero tan exhausto por la fatiga, el hambre; la sed, el frío y las magulladuras, que, al fin, se aletargó, quedando sumido en un sueño semejante al de la muerte. No despertó de aquel estado de estupor hasta el día siguiente, y, sin duda, no habría visto más la luz, si el sol, con su benéfica influencia, no le hubiera calentado con sus rayos, reanimando en él la vitalidad, que parecía casi extinguida.

Cuando despertó miró, aterrado y sorprendido, á su alrededor: las nubes se desvanecían; pero la resaca llegaba hasta la orilla, y vió los cadáveres de muchos de sus infelices compañeros tendidos en la arena. Semejante espectáculo le arrancó lágrimas de dolor; y alivióle tanto esto, que, armándose de resolución, fué á retirar los cuerpos de la orilla del agua, y después los cubrió con arena.

Practicado este deber de caridad, comenzó á sentir los agujones del hambre, pues hacía ya dos días y medio que no tomaba ningún alimento. Por fortuna, encontró allí varias conchas de mariscos, y pudo comer en abundancia, sin que le faltase el agua, pues la de la lluvia había llenado las cavidades de la roca.

Pasó la noche y la mayor parte del día siguiente entregado á penosas reflexiones sobre su último desastre y su presente triste situación; pero al amanecer se consoló más al contemplar el sitio donde se había salvado de una muerte segura.

Tres días permaneció allí, regocijándose por haber escapado de los berberiscos; pero puso fin a su alegría la aparición de una vela que se acercaba á la roca, y que, según pudo reconocer muy pronto, era la de la segunda galera, que había ido en busca de su consorte. Al acercarse á la roca y ver varios restos del naufragio, botaron al agua la embarcación pequeña, y poco después saltaron á la playa.

El piloto, al ver la galera, trató de ocultarse, pero inútilmente, porque en la roca no había ningún escondite; tenía unas 600 varas de circunferencia, y estaba cubierta de arena y conchas. Como último recurso en tales circunstancias, se acercó á la orilla del agua, y echóse allí, estirándose cuanto era posible para fingirse muerto. Los piratas comenzaron á explorar la playa, y, al observar que se habían amontonado algas en diversos sitios, examináronlas y no les causó poca sorpresa ver que ocultaban las tumbas de los infelices americanos; pero como aquellas sepulturas se habían abierto evidentemente por manos humanas, examinaron más detenidamente aquel sitio y vieron, al fin, al naufrago.

Después de volverle boca arriba, reconocióse no tan sólo que el cuerpo estaba caliente, sino que el hombre respiraba, y entonces le dscargaron varios golpes y puntapiés, obligándole á que dejara de fingirse muerto. Después le condujeron á bordo, é interrogáronle sobre el naufragio. Esto se hizo por medio de un renegado portugués que había estado largo tiempo al servicio de los piratas, y que hablaba el inglés perfectamente.

Apenas se conocieron por medio del intérprete todos los detalles referentes al buque perdido, los piratas hicieron rumbo hacia Trípoli, y entonces manifestó el naufrago que se había convenido entre las dos galeras que, en caso de ser necesaria su separación durante la noche ó en una tempestad, se dirigirían á una pequeña isla del golfo de Mahomet. Cuando se llegó á este punto, como no encontrasen la otra galera, fueron á buscarla; mas, al fin, juzgando que estaba del todo perdida, renunciaron a su exploración. Mucho se alegraron de esto el piloto y sus compañeros, á quienes encontró á bordo del barco pirata, pues así pudieron comunicarse sus impresiones, prestándose consuelo mutuamente.

El muelle á donde estaban tenía una entrada muy estrecha, que formaba una especie de ensenada suficiente para varias embarcaciones. La ciudad está rodeada de altos muros con fortificaciones en varias partes, y solamente hay dos puertas para penetrar en ella, una al N., por el puerto, y la otra al S., protegida cada una de ellas por fuertes.

Cuatro días después de llegar los piratas á Trípoli, recibieron noticias de la pérdida del buque apresado y de todos los tripulantes que iban á bordo, excepto tres. Parece que los piratas, no siendo suficientemente hábiles en la táctica naval, ni conociendo bien la manera de maniobrar de los ingleses, no pudieron dirigir el buque, el cual quedó á merced de la tempestad, y muy pronto se hizo pedazos contra una roca. La cólera de los infieles por esta pérdida fué indecible: tan buena presa, arrancada de sus manos por el mar, era para ellos una desgracia. En la galera se produjo una especie de motín; no se oían más que blasfemias, y hasta Mahoma fué objeto de las invectivas de los infieles.

Los infelices prisioneros fueron conducidos poco después á tierra, donde se les vendió sin distinción. El piloto fué comprado por un mercader judío que cedía sus esclavos por una cantidad determinada para que trabajasen en la reparación de los muros de la ciudad. Este trabajo duró largo tiempo y fué muy penoso para el cautivo, porque debía arrastrar grandes fragmentos de roca, y sus eadens le entorpecían mucho.

Concluidas las reparaciones, el mercader judío, no teniendo ya en qué ocupar á su esclavo, le vendió á un traficante en extremo rico, quien le ocupó en llevar agua, conducir mercancías á los almacenes y otros trabajos semejantes. Otras veces debía acompañar á su amo y á su hija en sus frecuentes excursiones

al campo, donde se le ocupaba en conducir la mula en que iba su ama, ó bien debía acompañar á ésta á las mezquitas.

(Se concluirá)

VARIEDADES

NAUFRAGIO DEL «TORMES»

En el acreditado periódico *The Liverpool*

»El buque era propiedad de una casa española.

»La tripulación toda española, excepto el primer maquinista, que era inglés, Mr. Peter Storms, vecino de Liverpool. El vapor lo mandaba el capitán Kequejo, y ninguno de los oficiales se ha salvado.

»Un telegrama de Milford Haven avisa que tres cadáveres y una porción de carga de la que llevaba el *Tormes* han sido arrojados á la playa en Freshwater Bay.



LOS CORSARIOS BERBERISCOS.—El timonero dió muerte al jefe de los piratas

Daily Post hallamos los siguientes datos de tan horrible siniestro:

«Un corresponsal de Milford-Haven da la noticia de la perdida del vapor *Tormes*, en Crow Rock, Linney Head, en viaje de Málaga á Liverpool, con fruta y vino. Chocó contra la roca el martes, á las once de la noche, é inmediatamente se partió en dos y se hundió, llevándose 21 tripulantes, incluyendo el capitán y oficiales.

»Solamente se salvaron siete, que eran dos marineros y cinco fogoneros, que fueron recogidos por el vapor pescador *Exmouth* y desembarcados en Hakin.

»Otro telegrama de Pembroke dice que el mayordomo del vapor se ha salvado. Dicho señor es manco, y el único brazo que le quedaba le tenía fracturado por varias partes. El cuerpo de un muchacho fué arrojado á la playa al mismo tiempo que el mayordomo, y, aunque aún tenía vida, sucumbió al poco rato. La caja del botiquín fué también arrojada á la playa, llevando el nombre de «Bessarabia» en una plancha de metal.

»La playa, en su extensión de algunas millas, ofrecía los restos esparcidos del naufragio, consistentes en cajas de cebollas, limones, pasas y almendras y algunas cajas de vinos.»